

EL ORIGEN DE LA "DISCIPLINA" EN EL PRI

Cuando el 4 de marzo de 1929 se declaraba formalmente constituido el Partido Nacional Revolucionario (PNR), antecedente del PRI, y el general Manuel Pérez Treviño quedaba al frente de su Comité Ejecutivo Nacional, hacía 24 horas que una parte del ejército se disponía a suprimir de la escena política al nuevo partido y a sus creadores. Se trataba de un grupo de obregonistas irreductibles que no esgrimían ninguna otra bandera que su oposición al intento de Calles de convertirse en el nuevo *factotum* de la vida política nacional.

La rebelión se venía fraguando desde principios de año y el gobierno sabía bien que Fausto Topete, el gobernador de Sonora, la estaba coordinando. En realidad la única sorpresa que las autoridades centrales tuvieron el 3 de marzo fue conocer la lista de quienes efectivamente iban a participar en ella. La rebelión encabezada por Gonzalo Escobar en Coahuila, a quien

le siguieron además de Topete, Jesús M. Aguirre en Veracruz, Marcelo Caraveo en Chihuahua, Francisco Manzo, en Sonora, Roberto Cruz y Ramón F. Iturbe en Sinaloa, Francisco Urbalejo en Durango, más otros generales de menor importancia. Los rebeldes pensaban arrastrar tras de sí a la mayoría del ejército pero no fue el caso y sus contingentes no sumaron más de 17 mil hombres. Calles mismo se puso al frente de la Secretaría de Guerra en el mes de marzo y fuertes columnas al mando de Almazán y Cárdenas, más los contingentes agraristas de Cedillo y Tejeda, dieron rápida cuenta de los infidentes. La última gran rebelión militar en México costó la vida de aproximadamente mil hombres y un gasto de 25 millones de pesos. En términos de estabilidad, la inversión valió la pena; el PNR salió fortalecido y el ejército depurado: por fusilamiento o exilio se eliminó a nueve generales divisionarios, ocho generales de brigada y 30 brigadieres. El aparato político también

fue objeto de limpieza: cuatro gubernaturas quedaron vacantes y otros tantos senadores y 51 diputados fueron desaforados. De ahí en adelante aquellos que intentaron desafiar la disciplina del poder central (ejercido ahora desde el PRI) deberían pensarlo dos veces. (Parentesis nuestro.)

Era mejor jugar dentro de las reglas, incluso si se perdía, que al margen de ellas.

El relato transcrito, forma parte del ensayo del politólogo Lorenzo Meyer, investigador de El Colegio de México. **La etapa formativa del Estado mexicano contemporáneo (1928-1940)**, en el que se reseñan los orígenes de las actuales estructuras del control político en México.

El ensayo permite advertir con claridad una hipótesis que la realidad cotidiana, particularmente en nuestros días, confirma: el origen del PRI como alianza de camarillas más que de partidos políticos, determina el tipo de disidencias que se originan en su seno y las formas de represión que contra ellas se ejercen.

Fija también las reglas del juego a que han de sujetarse los miembros del partido político cuando desean seguir participando de los beneficios y canongias del sistema.

El mismo autor afirma lo siguiente:

Establecer la disciplina de partido fue menos sencillo de lo que uno se puede imaginar al ver la relativa facilidad con

que ahora las autoridades del centro y del partido oficial logran imponer sus directivas a todos, o casi todos, los integrantes de la amplia coalición gubernamental. Los primeros pasos en este sentido fueron muy drásticos y, en el momento mismo de la creación del PNR, tomaron la forma de una purga de gobernadores y legisladores cuya lealtad durante la rebelión de marzo de 1929 fue dudosa, pero ni así se logró que la disciplina fuera automática. En los años siguientes hubo importantes conflictos a nivel de gabinete, entre el centro y los gobernadores, y sobre todo entre el centro, el partido y los gobernadores con los legisladores —federales y locales—, quienes constituían el armazón sobre el que descansó el desarrollo de las actividades cotidianas del partido en sus primeros años y cuyos impetus no fueron domeñados de la noche a la mañana.

En los años veinte y a principios de los años treinta —dice Meyer—, los miembros del Congreso eran a veces representantes del gobernador ante el centro y a veces tenían la función contraria, pero con la creación del PNR se fueron convirtiendo cada vez más en representantes del centro ante los sistemas políticos locales; todo dependía de la fuerza relativa del gobernador. La lucha por disciplinarlos fue espectacular, y se hizo más difícil por las pugnas de Calles con Ortiz Rubio y con

ciertos poderes locales. En 1929, Pérez Treviño y el PNR permanecieron neutrales en la lucha entre los congresistas aliados a Portes Gil —los rojos— y aquellos plenamente identificados con Ortiz Rubio —los blancos—. Al iniciarse 1930 los blancos iban ganando mucho terreno, pero en ese momento Portes Gil ocupó la presidencia del PNR —por indicaciones de Calles— y de inmediato logró el predominio de los rojos en las comisiones del Senado y de la Cámara de Diputados. Para lograr la disciplina se amenazó a los disidentes con la expulsión del partido.

Aquella indisciplina —opina Meyer— era en realidad una disidencia muy disciplinada a los mandatos del "jefe máximo" de la Revolución, Plutarco Elías Calles que iba a sentar desde entonces la norma: La indisciplina se castiga con la expulsión del partido y la expulsión del PRI significa, hasta la fecha, la exclusión de los beneficios del sistema. O como decía "El Tlacuache" era caer en el error de "salirse del presupuesto".

Si la falta de disciplina tiene un castigo, respetar la "regla de oro" del sistema tenía desde entonces un premio. La prueba de ello la dió Aarón Saenz, candidato de los obregonistas a la presidencia de la República que se disciplinó al "mandato" de su partido que postuló a Pascual Ortiz Rubio, primer candidato triunfador del PRI.